CONFESION DE LA BELLA ELISA,

ACUSÁNDOSE DE LOS AMORES QUE TUVO CON UN QUERIDO·

La bella Elisa, que adora;
un galan á lo moderno,
por cumplir con la parroquia,
fuése á un cierto monasterio.
Hincada está de rodillas
delante un Padre supremo,
y á confesarse comienza,
de esta manera diciendo:
Padre, si de amor supistes
en vuestros años primeros,
que son pocos los que escapan
de este tirano soberbio.
Escuchad á una mujer,
que trae dentro su pecho,
mil lanzas atravesadas,
dándole dolor eterno.
Por un pecado de amor,
metido en el alma y cuerpo,
he venido á quebrantar
todos los diez Mandamientos.
En el primero me acuso,
que no amo á Dios como debo,
porque quiero tanto á un hombre,
mas que á mi vida le quiero.
En el segundo he jurado
con mas de mil juramentos,
de no olvidarle jamás,
ni sacarle de mi pecho.
En el tercero me acuso,
que cuando estoy en el templo,
no estoy atenta en la misa,
porque en verle me divierto;
y si no le veo allí
en él pongo el pensamiento.
En el cuarto no he guardado,
á mis padres el respeto;
porque le amo tan loca,
que solo á él obedezco.
En el quinto he deseado
la muerte á infinitos necios
que han procurado apartarme
de mi amor por muchos medios.
Pues sois tan discreto, Padre,
no hay que decir en el sesto,
pues por lo mismo sabreis,
que habré tenido deseos.
En el sétimo no se pasa
sin tener parte en los yerros,
porque hurto para hablarle
todos los ratos que puedo.
Ya estamos en el octavo,
y en este tambien confieso,
que he mentido muchas veces,
porque importa al amar nuestro.
Solamente mi apetito
no ha tocado en el noveno,
porque no ha habido ocasion,
ni habla conmigo el precepto.
El décimo, que he deseado
todos los bienes agenos,
por entregárselos juntos
á quien el alma le entrego.
Y el mayor mal que yo siento,
de que, Padre, me confieso,
es, que no sé si tendré
de amarle arrepentimiento.
En esto se desmayó,
perdiendo color y aliento
en las rosas de su cara
por el desvanecimiento.

RESPUESTA A LA CONFESION.

Díjole: volved mañana,
que yo ya pensaré en ello;
y el dia que concertaron
volvió Elisa al monasterio.
Pidió por el mismo Padre,
y púsose en su presencia,
aguardando la absolviese
los ojos puestos en tierra.
No es menester, hija mia,
le dice el padre que vuelva
á decirme los pecados;
que de ellos bien se me acuerda.
Es el amor natural
de nuestra naturaleza,
y para bien resistirle
es menester mucha fuerza.
Pídele la suya á Dios,
que no es bastante la nuestra,
que es valiente el enemigo,
y en nuestra casa se encierra.
Bien puede tener amor
á un hombre, con tal que sea
con fin tan bueno y tan santo,
que la ley de Dios nó ofenda.
Porque llevando este fin
podrá y siendo discreta,
amarle de corazon,
y cumplir con la conciencia.
No jure no ha de querer,
aunque ahora lo parezca,
que son las mujeres flacas
y á la mudanza sujetas.
Un rato que Dios le pide,
hija, el dia de la fiesta,
que esté cuando oye Misa,
en el sacrificio atenta.

A los padres, hija mia,
obedezca con prudencia,
que no tendrá buen suceso
si les niega la obediencia.
Los que intentan apartarla
de aquesta correspondencia,
la quieren bien, y hace mal
si la muerte les desea.
No hago por eso deseo
le priven de aquesta prenda,
que es á los ojos de Dios
muy agradable y acepta.
Y que para su marido
se guarde vírgen entera,
no pierda el respeto á Dios,
dejando de ser doncella.
No es pecado muy grave
hurtar los ratos que pueda
para hablar con su galan.
si de Dios no hubiera ofensa.
Procure, así Dios la guarde,
de no mentir; cuando mienta
que le importa hacerlo, mire
que á ninguno en ello ofenda.
Si por dar á su galan
bienes agenos quisiera,
estará próspera y rica,
si mis consejos observa.
Por todos estos pecados
diga, hija, en penitencia
aquí ó en cualquiera parte,
del Rosario una tercera.
Diga tres veces, Jesus,
mientras que yo la absuelva,
y no vuelva á pecar mas,
hágala mi Dios su sierva.

CARMONA: Imp. y lib. de don José M. Moreno.—1863.